

te los consagro, para que se empleen en conocerte y en acordarse de ti. Dísteme voluntad; ocúpese toda en amarte. Dísteme vida; yo la daré mil veces por tu amor. Bendito seas, Dios mío, que recibes como de gracia lo que te debo de justicia. No se puede imaginar mayor bondad.

CAPÍTULO III

Con la eminencia que está en Dios la hermosura de la Virtud. Trátase de la suma Bondad moral de Dios, y su amor á los hombres.

I

Otra grande hermosura celebraron los sabios antiguos, que es la de la Virtud, de la cual Aristóteles¹ confesó que se había de contar entre las cosas hermosas. Y en otra parte la llama hermosísima invención de la vida. Zenón y Plutarco calificaron la hermosura por relación á la virtud, llamando á la belleza la flor de la virtud. Con mayor claridad habló Epicteto cuando dice²: «¿Qué hace á un lebrél ó caballo hermoso? La virtud, por cierto, del lebrél ó del caballo. ¿Y qué hará al hombre hermoso? La virtud del hombre. Y así, si quieres ser hermoso, trabaja por tener virtud. Pero ¿qué será esta virtud? Mira á los que alabas, cuando lo haces sin pasión, si son los justos ó los injustos. ¿Los justos serán los modestos ó los descomedidos? Sin duda que los modestos. ¿Si los castos ó los deshonestos? Será cierto que los castos. Pues si te hicieras tal, serás hermoso; sino, será fuerza que seas feo, aunque hagas todas las diligencias del mundo para hermosear tu rostro». Otros dijeron, no sólo que es hermosa la virtud, sino que era la misma hermosura, y claridad, y luz de los ánimos, que ha-

¹ Arist., in hym. de laudibus virtutis. Epict., c. 1.

² Arrian., l. 3.

cía á todo hermoso y lucido. Por lo cual reprende Séneca una sentencia que decía era más agradable la virtud en cuerpo hermoso, porque le pareció que era tanta la lindeza de sola la virtud, que no había menester otra condición para ser agradabilísima, porque donde ella estaba, ni hacía ni deshacía haber ó faltar otra hermosura. Y así dice¹: «Páreceme á mí que erró aquel que dijo que la virtud era más graciosa cuando está en un cuerpo hermoso, porque no tiene necesidad de ornato alguno. Ella es un grande ornamento de sí misma, y al mismo cuerpo consagra. Puede un gran varón salir de una choza, y con un cuerpo disforme y abatido puede estar un ánimo hermoso». Sobrepuja á todo agrado corporal sólo el resplandor de un ánimo virtuoso. Y así como para la claridad del día basta la luz del sol, sin hacerse caso que haya luna en el cielo ó falte, así también basta la luz de la virtud para una grande hermosura, sin hacer ni deshacer para ello la hermosura del cuerpo mudable y corruptible. No estuvo Xenofonte² lejos deste sentimiento; el cual juzgó que no faltaba á la virtud otra cosa para ser tan amada, que no se reparase en trabajo ninguno por alcanzarla, sino es que no se podía ver con los ojos del cuerpo. Platón añadió que si se viese sensiblemente, despertaría su hermosura unos ardientes deseos y amor de su posesión. Con todo esto, es tan grande su hermosura y luz, que sin conocerla el sentido, excede en mucho á todo cuanto puede, no sólo el sentido admirar, sino el corazón amar. Filón dijo³ que así como cuando nace el sol ilustra todo el cielo con sus rayos, así también la virtud con sus rayos vuelve lucidísima al alma en que ha entrado. Es sin duda mayor su hermosura y claridad que no la del sol. Bien comprobó esto Antonio Panormita,

¹ Senec., ep. 67.

² Xenoph., lib. de Venat.

³ Phil., lib. De Plant, Noc.

el cual, estando en una casería del campo recreándose honestamente con algunas personas eruditas y discípulos suyos, como viniesen en la conversación á tratar de la virtud, dijo ¹ «que su luz era resplandecientísima y sobremanera lúcida». Acertó á oír esta sentencia un villano que acaso pasó por allí, y riéndose dijo: «Por cierto que yo no sé que tanto resplandezca esta virtud que tú alabas de luciente; lo que sé es que há muchos años que ando por conocerla, y nunca la he podido ver.—¡Yo lo creo, replicó Panormita; porque tú mejor razón darás de las señas del asnillo que andas á buscar y no has acabado de hallar; pero dime, ¿qué otra cosa hay en este mundo que se pueda decir resplandeciente y clara, sino la virtud?—El sol, respondió el rústico.—No es así, replicó el prudente Maestro, porque al sol no le ven los ciegos.—Bien está eso, dijo el villano; mas la razón es porque carecen de ojos.—Pues deso mismo te has de convencer (concluyó Antonio Panormita), y conocer que hay cosa más resplandeciente que el sol, pues el sol no se puede ver sin ojos; mas á la virtud, aun los ciegos la admiran, la respetan y la reconocen, y ausente se ama y estima». El mismo sentimiento fué de Tulio, el cual dijo ²: «Ninguna cosa hay más amable que la virtud, ninguna atrae más á los hombres para conciliar amor: porque por la virtud y la bondad, aun aquellos que nunca hemos visto, los amamos».

II

Pues esta hermosura y luz, que considerada en un hombre lleno de tinieblas de ignorancias, es tan resplandeciente y admirable, puesta en la perfección de la naturaleza divina, que es toda luz y sabiduría, ¿cómo será? pues es Dios la idea de toda bondad y espejo de toda virtud, en

¹ Jovian. Pontan., lib. *De Princip.*

² Tullius, lib. *De Amic.*

la cual excede infinitamente á todo lo bueno, perfecto y virtuoso. Y así dijo Aristóteles ¹ «Dios es, si consideras las fuerzas, poderosísimo; si la hermosura, bellísimo; si la vida, inmortal; si la virtud, aventajadísimo». Veamos, pues, con cuánto exceso está en aquel perfectísimo Sér esta belleza; porque si la virtud es (según grandes filósofos) el camino de la bienaventuranza, ¿cuál será la virtud de Dios, pues está con la posesión de la misma bienaventuranza? Si la virtud es (según otros) ² el ajustamiento á la razón, ¿cuál será en Dios, pues es la regla de la misma razón, y su divina voluntad no tiene que ajustarse á otra razón, y á su voluntad se deben ajustar las demás razones? Si la virtud es buena disposición de la naturaleza, ¿cuál será la virtud de Dios, que es su misma naturaleza y esencia? Las demás cosas no tienen la virtud por sí mismas, si no es por un accidente y hábito que sobreviene á la naturaleza para perfeccionarla. Sólo en Dios no se distingue la virtud de la naturaleza, sino que sin hábito alguno, y sin nueva perfección es por sí mismo perfectísimo, justísimo, rectísimo. Por esto se dice que sólo Dios es bueno, porque no sólo en el Evangelio dijo Cristo: «nadie es bueno sino Dios»; pero Hermes, filósofo egipcio, confesó lo mismo, diciendo que Dios «es lo bueno mismo, y nadie hay bueno sino El; las demás cosas están apartadas de la naturaleza de lo bueno: sólo Dios es bueno. Guárdate no digas á otro alguno que es bueno, porqué esto sería profano error; ni digas á otra cosa Dios, sino á sólo lo bueno, porque caerás en la misma impiedad». Es en Dios la bondad su naturaleza, y la virtud su esencia; y á Proclo le pareció que estaba tan lejos de ser accidente en la naturaleza divina, que la juzgó por más esencial que la esencia; y así dijo ³: «Todo Dios,

¹ Arist., lib. *De mundo*, cap. 6.

² Trimegist., in *Pimand.*

cap. 2.

³ Proclus, in *Elem. Theol.*, prop. 117.

por su bondad sobreesencial, es y subsiste bueno». Si la virtud (como dijeron otros) es arte de saber y acertar á amar, ¿cuál será en Dios, pues tiene tan acertado su amor, que á todo lo que ama hace amable? Las demás voluntades pueden errar en lo que quieren, porque con su amor no hacen amables las cosas que aman, pero supónenlas amables, y puede haber en la suposición yerro; pero Dios, como amando hace las cosas amables, no puede en amar errar; y si la virtud es, como verdaderamente lo es, la bondad moral de las naturalezas capaces de razón, pues nadie se puede decir bueno sin virtud, aunque tenga todos los demás bienes del mundo, y con virtud nadie se puede llamar malo, aunque tenga todos los males del cuerpo y penas del alma, ¿cuál será en Dios la virtud, pues esencialmente es bueno, y dél no puede faltar bien, ni en Él puede caer mal? ¿cuán hermosa será en Dios esta virtud, adornada de todo bien y limpia de todo mal? porque es su virtud y bondad acendrada en todo pura, y por consiguiente hermosísima; y así los platónicos, para declarar la bondad divina, no hallaron otro nombre más á propósito que darla, que llamarla lo hermoso; y Espeusipo dijo ¹: «Lo hermoso es lo que es bueno». Y como Dios es tan bueno que en su comparación no hay cosa que se pueda decir buena, tampoco hay cosa que respecto de su hermosura se pueda decir hermosa.

Para entender, pues, esta Virtud, esta Bondad, esta Hermosura de Dios, se ha de suponer que hay dos bondades: una es la bondad natural, que consiste en la perfección natural de cada cosa; otra la bondad moral, que es la perfección de las naturalezas racionales é intelectuales, en cuanto tales, y consiste principalmente en la buena disposición de la voluntad para hacer y obrar bien, comunicando á otros lo bueno que puede. Esta última bondad es la

¹ Speusipus, in Plat., definit

que solemos llamar virtud, la cual es muy distinta en las criaturas, de la bondad natural: mas en Dios no, porque esta es suma excelencia y privilegio de la naturaleza divina, tener entrañada y esencial la virtud y bondad moral; la cual necesariamente ha de ser en él tan grande como la natural; y así como ésta es infinita y perfectísima en todo, así la bondad moral y virtud en Dios es infinitamente perfecta y acabada, no faltando un punto al obrar bien y perfectamente en todo género de acción virtuosa, conveniente á su naturaleza y majestad infinita; pero porque fuera largo discurrir por todos los géneros de bondad y virtudes que hay, en las cuales es Dios perfectísimo, declararé la excelencia de la bondad y virtud divina en aquello que es ejercicio de las demás virtudes, y más particular efecto y señal de bondad, que es el amor y caridad; la cual es un hermosísimo fruto de proporcionada raíz.

III

Todo cuanto Dios es perfecto y bueno en sí, tanto lo es para nosotros; y cuanto es bueno para nosotros, tanto nos ama con toda fineza y lealtad; y así es buen argumento su amor de su bondad; por lo cual San Dionisio Areopagita llamó al amor divino manifestación de Dios; porque por él se descubre cuán bueno es, y es sin duda que campea una inefable bondad en que Dios ame á las criaturas, porque llega á amar á cuanto hay criado, chico y grande, vil y precioso. Aun aquellas cosas que suelen desechar los hombres, y mirar con enfado, ó tener asco dellas, las quiere bien; hasta en los mismos condenados ama su sér natural y le sustenta en los brazos de su omnipotencia. Pero no pongas el ejemplo en otro, sino en ti: ¿cómo no adviertes lo que hace contigo, y cómo no puede ser sin amor? De

noche te guarda el sueño y está á tu cabecera allí contigo; de día te ayuda á vestir, á lavarte, á buscar la vida y lo que has menester: te ayuda á hablar, á trabajar, á andar, y no haces cosa, ni das paso, ni piensas, ni hablas, ni respiras, sino es ayudándote este Señor amoroso, y estando contigo mirándote á la cara, deseando que todo se te haga bien y que todos te le hagan, mandándose y gozándose de todo tu gusto; hasta las paredes de la casa en que vives las quiere bien, porque estás tú en ella, y en él vives, y te mueves, y estás, y está Él más contigo que tú estás en ti mismo. Pues mira si te quiere poco quien hace todo esto por ti, pudiendo no hacer nada, ni meterse en cosa, sino estarse en sí mismo gozándose sin acordarse de ti. Todo esto no lo hace Dios sin amor; mira cómo correspondeste tú con agradecimiento al bien que te hace y al amor que te tiene; cómo te olvidas algún tiempo del que en todo tiempo te hace tantos beneficios y muestra tantas finezas de amor, que vence en ellas á todos los enamorados del mundo. Mira cuán poderosa es la pasión de amor en los hombres, aun cuando es desordenada, como suele pasar á uno que con vehemencia ama, que ni come, ni duerme, ni sosiega un punto, ni se halla sin la persona que ama; de noche ronda la calle, de día la pasea, da millones de vueltas, mira las paredes de la casa, parécenle bien todos los de ella y nada le desagrade como le toque y sea de aquella casa, y esto porque está allí quien quiere bien. Pues toda esta afición y vehemencia de amor, y extremos, y finezas, es sombra respecto de un Dios que ama, el cual no paró hasta hacerse hombre, honrando en esto á todas las criaturas, y redimiendo al hombre, dando por él su vida.

En esto mostró más su amor con un modo maravilloso, descubriendo en el sumo amor de la Humanidad de Cristo

el inmenso que tuvo su Divinidad; porque si tanto fué el exceso de amor con que Cristo en cuanto hombre nos amaba, que le crucificó, que le afligió, le desconsoló, le atormentó y puso en las mayores penas y tormentos, desamparos y congojas que en esta vida ha habido ni habrá, ¿cuál sería el infinito exceso de caridad con que estaría el mismo Dios invisible y soberanamente crucificado (digámoslo así) de amor por el hombre? Porque si el amor criado y todos sus extremos y excesos, por grandes que sean, son muy cortos respecto del amor increado y divino; y todos los extremos y excesos de amor que hizo Cristo en su Pasión, y todos sus dolores, con ser tan grandes, fueron criados y limitados (cuanto á lo humano en su entidad hablo, prescindiendo el valor divino), ¿cuáles serían los excesos invisibles y divinos? ¿Cuáles los incendios de amor que abrasaban el pecho de Dios? Y si tales y tantos azotes sufrió Cristo hombre, si tales bofetadas, si tales congojas de muerte, si tales espinas y tan crueles clavos, si tales ansias y desamparos, que se quejó á voz en grito, y clamó en la Cruz con sentidísimas lágrimas (siendo así que era su fortaleza y sufrimiento sobre toda criatura); pues si tales muestras de amor y dolor se pudieron dar visible y exteriormente, y tales finezas llegar á ver los ojos visibles y terrenos del hombre, ¿cuáles serían los afectos interiores de amor, las ansias, las espinas, la cruz interior, la pasión, la muerte de infinito y amoroso afecto que padecería este Dios? Séame lícito explicarlo así, no porque Dios pueda padecer, sino para significar el afecto inmenso de su amor; que si tan excesivo y estupendo tormento de amor y dolor nos mostró Dios en Cristo crucificado, que asombró al mundo, ni hay ángeles ni hombres que basten á comprenderlo ni á admirarse dello dignamente, ¿cuánto mayor infinitamente sería el excesivo amor que ocupaba interior-

mente á Dios invisible, pues fué tal la pasión de dolor que padeció Cristo visible y humano? Aquí pasma el entendimiento; y no hallando cómo penetrar aqueste inapeable piélagó, torna á repetir esta admiración y á darse por vencido en esta consideración. ¿Cuál sería aquel abrasado amor que había dentro en el mismo Dios, cuando se obraban tales obras exteriormente por las manos de Cristo hombre? ¿Cuál sería aquel amor divino, primitivo é increado, de donde manaba esotro amor criado? Y si estos hechos de Cristo hombre eran un retrato viyo, exterior y visible, ¿cuál sería aquel original interior invisible del estupendo amor del infinito Dios? No sé qué me diga, ni sé cómo darlo más á entender; quisiera estarme siempre admirando, y tornando á repetirlo, y tornando á admirarme de lo mucho que en esta comparación de la humanidad con la divinidad está encerrado, y del gran campo que aquí se abre para que por el conocimiento de Dios visible seamos arrebatados al amor de Dios invisible, y para rastroar por aquí el infinito, inmenso, inefable y ternísimo amor que Dios tiene al hombre. Délo su divina Majestad á entender, y abrasémonos en él, por quien es: que cierto es que es tan grande, que se pudiera decir que aun el mismo Dios no nos lo puede dar á entender con lenguaje desta vida, no por falta de poder en Dios, sino por falta de suficiencia nuestra y de lenguaje con que entenderlo en esta vida. ¡Oh, si supiesen los hombres lo que Dios les ama! No cabrían de contento, y el corazón se les rompería en el pecho de la grandeza de su afecto. ¿Y cómo puede dejar de ser inmensa bondad que una tan soberana Majestad ame con tanto extremo á criatura tan vil como el hombre?

IV

Considera la grandeza del que ama, y la bajeza y condición tan apocada y vil del que es amado; porque no es el que ama sólo un Príncipe deste mundo, no un Emperador de toda la tierra, no un ángel, no un serafín, sino el mismo Dios omnipotente, infinito, inmenso, eterno y de infinita sabiduría, de infinita justicia, de infinita majestad, de infinita hermosura, de infinita gloria y bienaventuranza. ¡Cuán grande dicha nuestra es ser amados de tan grande Señor! ¡Y cuán grande bondad es que quiera amar tan tremenda Majestad, y más á tan viles y desagradecidas personas! Admirable cosa por cierto que un Señor tan hermoso y omnipotente se digne amar á criaturas tan abatidas. Estupenda bondad es ésta que el Criador ame así á tal criatura, y que la haya amado más que á los ángeles, haciendo por el hombre más finezas. ¿Qué género de afabilidad no pensada sería si un Rey tuviese tanta compasión de unos esclavos condenados á galeras que, por consolarlos, les mostrase grande amor, y no sólo les perdonase la pena, sino que les diese parte de su reino, haciéndoles grandes señores? Más fino, y compasivo y amoroso se ha mostrado Dios con nosotros, pues siendo esclavos del demonio, condenados á penas eternas, nos tuvo tanta compasión y amor, que nos dió vida, libertad y derecho á su reino. No es posible declarar esta inefable bondad y la grandeza de virtud que mostró en este acto Dios, porque pudiéndonos perdonar de gracia, sin costa alguna suya, no lo quiso hacer sino derramando su sangre por nosotros y satisfaciendo colmadísimamente á su justicia; porque es tan cabal su rectitud y bondad en toda virtud, que no digo por no hacer una injusticia, sino por no faltar una tilde á la perfección de una

exactísima justicia, quiso morir. No es por cierto posible ni imaginable mayor perfección de virtud y bondad.

De aquí se puede echar de ver el modo de tanta fineza con que nos ama, porque no sólo nos ama como un príncipe ama á sus vasallos, ó un señor á sus criados, ni aun como un padre ama á sus hijos, sino sobre todo género de amor. Más infinitamente que un padre ama á un hijo unigénito con un sumo amor, así en la grandeza é intensidad dél, como en la estimación, pues fué dando por nosotros su vida y derramando su sangre, de infinito valor y precio. Este, por cierto, es amor respecto del cual todo otro amor es pintado. Andaba el santo fray Gil ¹ diciendo á un amigo suyo: «¿Tú creerás que yo te amo?» El amigo le respondió: «Sí por cierto que lo creo». Replicó el siervo de Dios: «Pues no lo creas, porque sólo Dios ama tan verdaderamente á la criatura, que en su comparación no se puede decir que es amor el de las criaturas».

A este paso son los efectos de su caridad, porque no sólo nos ama con la voluntad, sino con obras; pues son inestimables los dones con que nos ha enriquecido, dándonos su cuerpo y sangre para sustento espiritual de nuestra alma, comunicándonos su gracia y la participación de su naturaleza divina, haciéndonos herederos de su reino y gloria, y prometiéndonos su bienaventuranza eterna. Dejo ahora el haber criado para nosotros el mundo y cuanto hay en él, para que nos sirva, y dándonos un espíritu celestial que nos guarde y asista siempre, y otros mil beneficios, que no es posible entenderse todos; pues la grandeza dellos, ¿quién la podrá declarar? Porque un grado de gracia es más que hacernos señores del mundo: mayor cosa que si nos diera más perfecta naturaleza que un serafín: pues si por montes de oro que le dieran á uno, no quisiera

¹ In sent aureis Egid.

perder un brazo, por ser parte tan principal y necesaria de su constitución natural, ¿cómo perdemos por tan poco lo que es más que toda la naturaleza? ¿y cómo podemos amar otra cosa, sino á quien tanto bien nos hace y tanto nos ama? Dijo bien San Bernardo ¹, que el amor de Dios es como la vara de Moisés convertida en serpiente, que se tragó las demás varas ó serpientes de los Magos, porque el amor divino consume los demás amores, y convierte en sí todos los afectos del corazón. ¿Pues qué, si miramos el fin deste amor divino? no se puede imaginar virtud más heroica ni más grande bondad, pues no ama por utilidad alguna suya, sino por provecho nuestro: á lo cual se junta que no se contente con amar á uno, sino que como si su amor no fuese bastante, quiere que todos le amen, ángeles y hombres, bien diferentemente de lo que pasa en el amor humano. Porque, como dice San Crisóstomo ², «entre los hombres, si al que otro ama amares, lo llevará á mal el amante. Mas Dios de tal manera se ha dignado de comunicar su amor, que aborrecerá al que no tuviese semejante amor». El amor humano está lleno de celos y envidia. El amor divino está libre de la enfermedad destes afectos, y así busca á quien comunique consigo en el mismo amor.

V

Estas son algunas finezas del amor divino, que así como no se puede comprender, no es posible tampoco declararse. Por lo cual más vale corresponderle con el afecto, que exagerarle con palabras: sólo quiero añadir las que dice sobre esta misma materia Salviano, obispo Masiliense ³, por ser muy dignas que las traslademos aquí: después de haber

¹ S. Bern., ser. *De Ascens.* ² Chrysost., hom. 23 ad Rom.

³ Salvian., lib. 4. *De Provident.*, tom. 5, Bibliot., col. 199.

traído algunos ejemplos de animales bien pequeños, que aman grandemente sus hijos y obras, añade estas razones: «Pues Dios, que aun á los animalejos más pequeñitos infundió este amor de sus obras, ¿por ventura á sí solo se privó del amor de las criaturas? Principalmente, pues, todo el amor de lo bueno que hay en nosotros descende de su amor tan bueno; El es fuente y origen de todas las cosas, porque en El (como está escrito) vivimos, nos movemos y somos, y dél hemos recibido todo el afecto con que amamos á nuestras prendas: todo el mundo y todo el género humano prenda es del Criador. Y así del afecto con que hizo que amásemos á nuestras cosas, quiso que coligiésemos el amor con que ama sus prendas. Porque así como leemos que las cosas invisibles dél se echan de ver, y entiende por las cosas hechas á la vista, así también quiso que entendiésemos su amor para con nosotros por el que nosotros tenemos á lo que es nuestro. Y como quiso que toda la paternidad del Cielo y de la tierra se nombrara de la suya, así también quiso que se conociese el afecto de Padre que tiene para con nosotros; ¿y qué digo de Padre? sino de un Padre benignísimo. Lo cual prueba bastante-mente la voz del Salvador, que dice en el Evangelio: «De tal manera amó Dios al mundo, que le dió su Hijo único por la salud del mundo». Y el Apóstol dice: «Dios no perdonó á su Hijo, sino que le entregó por todos nosotros». ¿Pues cómo pudo ser que no nos diese también con Él todas las cosas? Esto es lo que ya he dicho, que Dios nos ama más que un padre á su hijo. Evidente cosa es que sobre el afecto de hijos nos ama Dios, pues no perdonó por nosotros á su Hijo. ¿Qué más añadiré? que esto hizo á un Hijo justo, á un Hijo único, á un Hijo Dios. ¿Qué más se puede decir? y esto por nosotros, esto por unos malvados, unos injustos, unos desapiadados. ¿Quién podrá estimar este amor de

Dios para con nosotros, sino que la justicia de Dios es tan grande que no puede caber en Él cosa injusta? Porque ¿cuánto á la razón humana hiciera uno cosa injusta, si por unos esclavos malísimos matara á un buen hijo? Pero, á la verdad, más inestimable es por esto la piedad de Dios, más admirable su virtud, que pueda entender un hombre la grandeza de su justicia; porque cuanto á la flaqueza humana pareciera que tiene especie de injusticia la grandeza de justicia en Dios; y así el Apóstol, para darnos á entender de algún modo la inmensidad de la justicia divina, dice ¹: «¿Para qué Cristo, aun cuando éramos impíos, murió por los impíos? porque apenas hay quien quiera morir por el justo». Muéstranos ver laderamente en sola esta sentencia la piedad de Dios: porque como apenas hay quien reciba la muerte por una suma justicia, probó Cristo cuán grande cosa sea la que ha hecho muriendo por nuestra maldad; pero por qué hizo esto el Señor, lo enseña luego, cuando dice: «Encomienda Dios su caridad en nosotros»: porque si aún siendo pecadores murió Cristo por nosotros, mucho más después de justificados con su sangre seremos salvos y libres de su indignación por Él. Y por esto encomienda su beneficio y gracia, porque murió por los malos; pues de mayor precio es el beneficio que se da á los indignos ²: por eso se dice que encomienda Dios su caridad en nosotros. ¿Y de qué manera la encomienda sino porque hizo bien á los que no lo merecían? Porque si lo hubiera hecho á los Santos y los que lo merecían, no pareciera haber dado lo que no debía, sino haber vuelto y pagado lo que estaba obligado». Todo esto es de Salviano.

Amar con tan grande desinterés, y con tanto extremo, y á costa de tantos dolores, es lo sumo de la bondad y virtud: porque si el solo amar, sin esperanza de provecho, es

¹ Rom. 5. ² Rom. 5.

gran fineza, el amar con daños de muchas penas y dolores, ¿qué será, sino digno de una virtud suma, y argumento claro de la perfección de todas virtudes que resplandecen en tal amor? Porque verdaderamente deste nobilísimo afecto, cabeza de los demás, se puede echar de ver que están todas las virtudes acompañando á su Reina y Señora la Caridad, ni puede haber mayor prueba de la virtud que el acierto de amar; porque así como todo vicio es desconcierto en amar, así también toda virtud es el concierto en querer. Por lo cual Platón atribuyó al amor puro todos cuatro géneros de virtudes, llamándole Prudente, Templado, Fuerte y Justo: porque en el legítimo amor están todas las virtudes ¹. Lo mismo significó aquella estatua del amor que tenía cuatro coronas, una en la cabeza, dos en la mano derecha, y una en la izquierda, por las cuatro virtudes cardinales que había de comprender y perficionar. La corona de la cabeza es la Prudencia, que juzga, gobierna y manda la ejecución de las obras de las otras tres virtudes, cuyas coronas estaban por eso en las manos. La de la Templanza estaba en la mano izquierda, que está más junto al corazón, y es más flaca; porque la Templanza modera la parte concupiscible y deseos del corazón, y no tiene necesidad tanto de hacer y ejecutar, cuanto de abstenerse. Para las otras dos virtudes de Justicia y Fortaleza es menester más fuerza y ejecución, y así estaban en la mano derecha. De suerte que el amor honesto comprende todos los linajes de virtudes. Y así, pues en Dios hay tal amor, está en Él toda virtud y la hermosura de todas, que es sobre las demás hermosuras que puede el sentido admirar. Por eso, cuando introduce David á Dios tan amante de las almas que las acepta por esposas, le llama Rey de las virtudes; y otras veces le llama Dios de las virtudes: otras, Señor. Fuera

¹ Cæsar Ripa, in *Iconologia de amore virtutis*.

largo hacer catálogo de todas las Virtudes divinas, y así sólo apuntaremos algunas que más inmediatamente se originan de su infinito amor y bondad.

VI

De la Liberalidad divina.

Entre las virtudes que principalmente ejercita este infinito amor de Dios, una es la Liberalidad y beneficencia, comunicándonos innumerables bienes. ¡Qué de cosas da á los hombres que sabe las han de despreciar! ¡Qué de dones, qué de bienes, qué de riquezas de que usan mal! ¡Qué de inspiraciones buenas, una y otra vez, y millones, sin cansarse, sabiendo que no han de hacer caso dellas! Y no por eso deja de darles esos y otros muchos beneficios, para que se vea su deseo y ansia en hacer bien y comunicarse á las criaturas; y sobre todo el comunicar su amor, perfección y santidad á los justos, haciéndoles participantes en todo de su divina naturaleza por gracia. ¿Qué bienes pueden tener nombre, y qué cosa sér, que Dios no haya dado á los hombres? que ya que no conviene dar á cada hombre su mismo sér por naturaleza, y hacerle Dios (como hizo en Cristo nuestro bien), se le da por gracia, haciéndoles un casi Dios con ella. Demás desto, da todo su Sér divino á cada fiel en la Comunión para que se vea que muere (digámoslo así), y murió por dar, y más dar, y toda su ansia es esa, sino que muchas veces, ni halla capacidad, ni aun quien quiera recibir. ¡Oh qué dolor! Sola una cosa no da, y es que no da en cara con lo que da, ni lo zahiere como nosotros, sino que lo da con un disimulo y silencio como si no lo diera; y de propósito no lo da inmediatamente las más veces, sino por mano de las criaturas: el padre da al hijo la hacienda, la madre la crianza, el amigo el bene-